



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.^a — AÑO XIV. — TOMO XII.

NÚMERO 22. — Madrid 5 de Agosto de 1889.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JESU

Director: D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. f.
Un año.....	5 "



Á ORILLAS DEL MAR.

SUMARIO

Texto.

La Década, Tordesillas. — Protesta del Episcopado español con motivo de la erección en Roma de una estatua á Giordano Bruno. — Geología y protohistoria, discurso leído por el Dr. D. Juan Vilanova y Piera en su recepción en la Real Academia de la Historia (continuación). — Los grandes místicos (esbozos biográficos), Antonia Opisso. — Amor y vanidad (dolora inédita), Ramón de Campoamor, de la Real Academia de la Lengua. — Las Bellas Artes en España (conclusión), Conde de la Viñaza. — La ciencia de la vida, F. de Llanos y Torriglia. — Un hombre independiente, F. P. E. — El reloj del Concejo, de Longfellow (versión española). — Crónica. — Notas sueltas.

Grabados.

A ORILLAS DEL MAR. — Cuanto la imaginación fantasea y el alma presente del mar, para los que no le han visto, resulta siempre pálido, mezquino ante la realidad del grandioso elemento. Si los habitantes de la costa sienten esa invencible atracción hacia la inmensa y líquida mole que resbala y se agita sin perder su nivel sobre la superficie del globo terráqueo; si los marinos y los pescadores se echan en brazos del mar, poseídos del vértigo que lleva hasta el desprecio de la vida, ¿qué sensaciones no recibirá el que pisa la playa por vez primera? El mar excita á la contemplación, á la meditación; produce una especie de sopor que eleva el espíritu, y por decirlo así, le limpia, le purifica de los anhelos y pasiones terrenas. No hay goce más cumplido, ni sueño más dichoso, que el que causa la vista del mar. Abstraído ante sus márgenes, el viajero más escéptico, el más incrédulo reconoce en esa obra el poder de Dios. El mar en calma, y tal como le pinta nuestro grabado, refleja en cierto modo, esa impenetrable dicha á que aspira la inquieta humanidad, sin conseguir del todo realizarla. Es la hora de la brisa, y la joven bañista, entregada á la dulce impresión del mar, deja volar el pensamiento á la región de lo infinito; sueña despierta, olvidada de que haya placeres en el mundo capaces de igualar al que en tan sublime momento experimenta. Su imaginación tal vez fluctúa entre aquellos versos del poeta:

« ¡ Salud, espejo del cielo,
de las pasiones imagen,
ancha alfombra de esmeralda,
archivo de tempestades...! »

EL CAMPANERO, cuadro de Wehle. — El tipo de qué damos interesante copia, resume varios cargos para subvenir á las necesidades de su familia. Es ayudante de la escuela municipal, suplente de organista, agente de los negocios del pueblo, y además campanero, que luce sus fuerzas en el toque de Misa mayor. En esta faena le presenta el artista Wehle: volteando, no sin gran trabajo, la campana mayor, en día de fiesta solemne, mientras sus hijas pequeñas, celebran el espectáculo que se descubre desde la vetusta torre. Dominan en esta obra verdad y sencillez, sentimiento poético.

LA AMIGA DE LAS AVES, cuadro de Hiddemann. — Escena de la vida campestre. La aldeana, que sólo en el cristal de la fuente ha contemplado su belleza, después de dar de comer á sus tórtolas y palomas, se sienta cerca del hogar, observando placentera cómo sus avejillas revolotean en su derredor, apurando los últimos granos de la comida. Las aves son sus amigas, acostumbradas como están á recibir de su mano el cotidiano sustento. Ya se ve que el autor de este cuadro ha sabido estudiar la naturaleza; que ha observado ese momento feliz, propio de las costumbres de la aldea, en que se revela el dominio del ser racional sobre los animales domésticos. Estos están suelta y dignamente retratados; la placidez y contento de su dueña, admirablemente sentidos.

ZARAGOZA: RECUERDO DEL AÑO 1808, cuadro de Alejandro Ferrant. — Entre los hechos memorables de la guerra de la Independencia, está la defensa de Zaragoza por el heroico Palafox. La ciudad invencible fué asaltada, en 15 de Junio de 1808, por el ejército francés, que, rechazado al cabo, tuvo que aguardar refuerzos para intentar nuevos ataques, tantas veces frustrados. Los zaragozanos rehicieron con sus nobles pechos las murallas destruidas; las mujeres y los frailes cuidaron de los heridos y del transporte de provisiones. Con ser tan expresivo el pincel y tan elocuente la pluma, aquella epopeya no ha tenido, ni podido tener, cantor que describa estas escenas de arrojo y patriotismo. La obra de nuestro famoso pintor Ferrant; da idea aproximada de ellas.

LA DÉCADA

SÁBESE lo que da de sí el tiempo á 40 grados bajo o; calma chicha que ahoga; aquí y en San Sebastián; sudor de la frente que produce la ociosidad y no el trabajo, y en los campos el incendio. Fuego en Murcia, en Jaén, en Valencia, en Bilbao, en Sevilla; combustión en los ánimos y sofocación en el Ayuntamiento que lleva por lema el oso, animalito que se le pinta despojando al árbol de sus madroños. Ese árbol copudo y verde cargado de fruto queda, según malas ó buenas lenguas, como el gallo de Morón, cacareando y sin hojas; el ciclón del abuso, del fraude, de la codicia y del negocio le ha pelado; le despojó en términos que está carcomido hasta las raíces.... y al querer averiguar la causa de

su tisqueiz los guardas dicen: *tío, yo no he sido*, y echan cada cual á otro el muerto. Créese que todo se esclarecerá, que se pondrán las tildes en las enes y los puntos en las íes; que los prevaricadores sufrirán su merecido; que hay 28 concejales sujetos á la investigación; que se hará justicia como el tiempo, seca.

* *

A este capítulo de males añádase la nota persistente y diaria, la noticia dolorosa de los obreros que sucumben en las obras. Hoy cae uno del funesto andamio, mañana otro, y otro al día siguiente.... y el remedio posible á estas continuas desgracias no llega. Un periódico observa que sobre el producto de las fincas donde ocurran estos casos, debía gravar un tanto destinado á pensiones de las viudas, madres ó hijos de los que mueren ó se imposibilitan en el cumplimiento de su deber; la idea es digna de atención y los que pudieran hacerla práctica son los mismos operarios á quienes directamente afecta. Esos trabajadores, que de vez en cuando se reúnen para tronar contra el capital, debieran, á mi juicio, hacerlo para promover entre su clase dos cosas: el ahorro aplicable á estos y otros accidentes y la defensa de sus vidas: que cada uno dejara semanalmente una insignificante cantidad para crear una caja; que todos se comprometieran á no asistir á ninguna obra, á no admitir jornal del propietario ó arquitecto que no les diesen garantías suficientes para la seguridad del cuerpo en las alturas y demás lugares de peligro. Si hicieran esto...., pero no lo harán; y como que los encargados de velar por que las Ordenanzas municipales, si las hay, se cumplan, ya se advierte que tienen asuntos peliagudos á que atender para ocuparse de bagatelas, los siniestros seguirán; la lista interminable de las víctimas del trabajo aumentará; los periódicos continuarán llevando sin comentarios la estadística de esos mártires de la indiferencia pública, y los obreros seguirán cayendo en la sima de la muerte ó en los horrores de la emigración, fundada poco ó mucho en estas y otras causas que no se estudian.

* *

Al paso que esto se llora ó deplora, se ríen venturas pasajeras en otras partes: tal es la condición humana. Viajes, excursiones, festejos: fiestas en París, á donde van muchos españoles por suscripción á precio reducido; fiestas del Santo Apóstol, en Santiago; fiestas de la feria, en Valencia; fiestas del Carmen, en Málaga; fiestas en Oviedo, y en preparación, verbena teatral de San Lorenzo, en Madrid: paseo de chulas y de pañolones de Manila, coros, alegorías, caricatura de la torre Eiffel y del submarino, y no sé cuántas cosas más. Tal es el desquite diversionista de los que quedan con los que se van; las novedades inventadas para mantener la atracción de los que no pueden irse, los que no tienen un cuarto de lugar para pensar en eso, los que están á la cuarta pregunta, los que minan el mundo por lograr billete del ferrocarril á precio mínimo, y al fin se quedan á pie; en suma: los que no salen por haber salido ya, licenciados del destino, es decir, cesantes de corto sueldo que sólo asisten como pasivos á la fiesta de las economías, con el papelito en la mano que les deja en libertad de viajar por la calle, á lo menos, para pegar sablazos ó pedir limosna á los transeúntes en activo servicio.

* *

Arreglos, desmoches, economías, cesantes, jubilados, eso que gráficamente se llama « movimiento del personal, » es romería de almas en pena, definitivamente establecida por los Gobiernos de todos los colores, para solemnizar esta época del año consagrada al descanso; lo cual explica que á los

empleados sin apoyo se les eche á descansar. ¡Empleado! ¿Sabéis lo que quiere decir esto? Mueble de quita y pon, carnero de Panurgo, caballo de carrera, que cuanto más corre menos avanza, grano del montón anónimo, efecto estancado que no sale del almacén, sirviente de muchos amos, ente discutido, tildado, amenazado; cómico á partido, que nunca cobra lo que gana, sujeto al descuento, al impuesto, á la exacción, masa elástica aplicable al manejo electoral, político de diverso matiz á cada rato, cimientito de un puente echado para que le pasen por encima, y, en resumidas cuentas, paria, cosa y no persona, siervo. Pero al cabo, si aprende el manejo de la intriguilla, si se asimila, si adula, aun puede prosperar, mantener la solitaria, asistir sin asco á la merienda de las economías.

* *

El Ayuntamiento de Biarritz ha presentado su dimisión, según cuentan los periódicos, por un acuerdo del Prefecto de Pau respecto á los casinos. La medida ha parecido tan mal á los hombres, como bien á las familias que sufren los descalabros de las pérdidas en el juego.

El marido: — Pues entonces ¿á qué vamos?

La mujer: — A jugar á la pelota.

Tordesillas

PROTESTA

DEL EPISCOPADO ESPAÑOL

CON MOTIVO DE LA ERECCIÓN EN ROMA DE UNA ESTATUA Á GIORDANO BRUNO

BEATÍSIMO PADRE: Un hecho incalificable acaba de tener lugar en Roma, ante el cual no podemos permanecer en silencio los Obispos españoles que nos gloriamos de profesar inquebrantable adhesión á la sagrada persona de Vuestra Santidad y á la Santa Iglesia, de la cual sois por divina disposición Pastor Supremo. Los impíos, enemigos irreconciliables de la divina causa del Catolicismo, que no cesan de hostilizarla por cuantos medios conceptúan que la puedan dañar, han preparado y realizado una repugnante explosión de insultos y vituperios contra ella, que se halla personificada en la augusta persona de Vuestra Santidad, contra quien, para vilipendiarla, dirigen muy especialmente sus ataques. Y es que, gracias á la divina protección que la sustenta, por más que sus encarnizados enemigos agotan sus recursos, que frecuentemente se convierten en gloriosos triunfos para ella, no se rinde ni se debilita; y la repugnante y sacrilega apoteosis de uno de los monstruos más abominables que recuerda la Historia, esfuerzo supremo de la impiedad, al levantar con insensato y degradante empeño la figura del desdichado Bruno, delante de la brillantísima de Vuestra Santidad, no servirá sino para aumentar la fe, piedad y valor del pueblo cristiano para combatir, en todos los terrenos, en pro de la causa del Pontificado, que es la de nuestro divino Redentor Jesucristo.

Así sucederá ciertamente; porque la causa de Vuestra Santidad y de la Iglesia Católica, de la que sois Jefe Supremo, brilla con más esplendentes fulgores después del rudo combate. No; la obra de Dios no sucumbirá, el astro de la Iglesia no se eclipsará, y nuevos laureles serán el brillante resultado de sus pruebas. Obra admirablemente Vuestra Santidad resistiendo siempre con valor divino en los repetidos combates que se ve obligado á sostener

contra tantos enemigos de la causa del cielo. Y el valor de Vuestra Santidad se comunica á todos los miembros de la Iglesia, que cada día adquieren mayor vigor para pelear con el denuedo que Vos les inspiráis. Entre ellos tenemos la dicha de contarlos, con toda la España católica, los Obispos que suscribimos, protestando de nuevo que confirmamos y ratificamos todas nuestras antiguas declaraciones, consignadas en anteriores documentos; que, con el auxilio divino, permanecemos y permaneceremos constantes hasta la muerte íntimamente unidos á Vuestra Santidad; que detestamos y execramos la doctrina y la conducta del reprobado Bruno y de todos sus obcecados secuaces; que nuevamente protestamos contra la injusta y sacrilega detentación de los Estados de la Iglesia, que por disposición providencial ha poseído y disfrutado desde antiquísimos tiempos, y, últimamente, que levantamos las manos al cielo y pedimos sin intermisión á la justicia divina pronto y eficaz remedio para tantos males como la atribulan en la tierra y diariamente os dan á Vos á beber colmado el cáliz de la amargura.

De Toledo, fiesta de nuestro glorioso Patrono el Apóstol Santiago, 25 de Julio de 1889.

Miguel, Cardenal Payá, *Arsobispo de Toledo, Patriarca de las Indias*.—Pedro, *Obispo de Plasencia*.—Antonio, *Obispo de Sigüenza*.—Juan María, *Obispo de Cuenca*.—Ciriaco, *Obispo de Madrid-Alcalá*.—Luis Felipe, *Obispo de Coria*.—Valeriano, *Obispo de Tamasso*, Auxiliar de Toledo.

José María, *Obispo de Dora*, Prior de las Cuatro Órdenes Militares.

Francisco de Paula, Cardenal Benavides, *Arsobispo de Zaragoza*.—Ramón, *Obispo de Jaca*.—Antonio, *Obispo de Pamplona*.—Vicente, *Obispo de Huesca*.—Juan, *Obispo de Tarazona*.—Mariano, *Obispo de Europa*, Auxiliar de Zaragoza. — Juan Morell, *Gobernador Eclesiástico S. P. de Teruel y Albarracín*.—Juan Antonio Puicercus, *Vicario Capitular de Barbastro*.

Antolín, Cardenal Monescillo, *Arsobispo de Valencia*.—Manuel, *Obispo de Menorca*.—Francisco, *Obispo de Segorbe*.—Jacinto, *Obispo de Mallorca*.—Juan, *Obispo de Orihuela*.—Manuel Palau, *Vicario Capitular de Ibiza*.

Fr. Zeferino, Cardenal González, *Arsobispo de Sevilla*.—Fernando, *Obispo de Badajoz*.—José, *Obispo de Canarias*.—Sebastián, *Obispo de Córdoba*.—Vicente, *Obispo de Cádiz* y Administrador Apostólico de Ceuta. — Ramón, *Obispo de Tenerife*.

Manuel, *Arsobispo de Burgos*.—Pedro, *Obispo de Osma*.—Juan, *Obispo de Palencia*.—Mariano, *Obispo de Vitoria*.—Antonio, *Obispo de Calahorra*.—Vicente, *Obispo de Santander*.—Francisco, *Obispo de León*.

José, *Arsobispo de Compostela*.—Cesáreo, *Obispo de Orense*.—Fernando, *Obispo de Tuy*.—Fr. Ramón, *Obispo de Oviedo*.—Fr. Gregorio, *Obispo de Lugo*.—Juan Manuel de Piñera, *Vicario Capitular de Mondoñedo*.

José, *Arsobispo de Granada*.—Fr. Vicente, *Obispo de Guadix*.—Manuel María, *Obispo de Jaén*.—Tomás, *Obispo de Cartagena*.—Marcelo, *Obispo de Málaga*.—Santos, *Obispo de Almería*.

Tomás, *Obispo de Lérida*.—Tomás, *Obispo de Gerona*.—Francisco, *Obispo de Tortosa*.—Salvador, *Obispo de Urgel*.—José, *Obispo de Vich*.—Jaime, *Obispo de Barcelona*.—Francisco Morante y Ramón, *Vicario Capitular de Tarragona*.—Ramón Casals, *Vicario Capitular de Solsona*.

Benito, *Arsobispo de Valladolid*.—Antonio, *Obispo de Segovia*.—Tomás, *Obispo de Zamora*.—Fray Tomás, *Obispo de Salamanca*.—José Tomás, *Obispo de Filipópolis*, Administrador Apostólico de Ciudad Rodrigo. — Juan, *Obispo de Astorga*.—Ramón, *Obispo de Avila*.

Juan Antonio, *Obispo de Puerto Rico*.—Manuel, *Obispo de la Habana*.—Mariano de Juan y Gutiérrez, *Vicario Capitular de Santiago de Cuba*.

GEOLOGÍA Y PROTOHISTORIA

DISCURSO

LEÍDO POR EL

DOCTOR DON JUAN VILANOVA Y PIERA

al ser recibido como individuo
de la Real Academia de la Historia.

(Continuación.)



El reino de flora estuvo representado en un principio por algas marinas, por musgos, hongos, helechos arbóreos, por grandes colas de caballo, por cicadeas enormes, etc., plantas todas de sencilla organización, pero á tal punto potentes por su extraordinario desarrollo y vigor, que supera en su conjunto á todas las vegetaciones posteriores, inclusa la actual, en la que sólo encontramos algo parecido en los impenetrables bosques de los trópicos. Y por cierto que la transformación que aquellas plantas experimentaron bajo la influencia de un clima cálido y húmedo por todo extremo y de apropiadas condiciones terrestres, produjo los primeros combustibles minerales ó fósiles, que, explotados por el hombre, representan una de las palancas más poderosas de la civilización moderna; confundiendo la imaginación al calcular el inmenso espacio de tiempo necesario para que se verificara en un mismo sitio, siquiera en niveles distintos, el desarrollo de decenas y aun centenas de vegetaciones sucesivamente carbonizadas y reproducidas, como entre otros puntos ocurre y puede perfectamente observarse, en las famosas minas de Asturias, donde las capas de combustible se repiten más de doscientas veces.

En la escala zoológica figuran en aquellos tiempos extraordinario número de curiosos moluscos cefalópodos, casi todos extinguidos, crustáceos trilobíticos por todo extremo interesantes, que no sobrevivieron al período de que se trata; equinodermos pediculados ó crinoideos, representantes del estado embrional del tipo; algunos insectos, entre los cuales los hay que alcanzan extraordinarias dimensiones; y de los vertebrados, aparecen peces y anfibios de organización especial, tan notable como difícil de explicar. Tal sucede, por ejemplo, con la singular coincidencia de seres que, cual protitron, actinodon, etc., llevan vértebras incompletas, y de otros, como stereorachis, así llamado precisamente por tener aquella parte fundamental del esqueleto del todo formada y sólida, circunstancia que hizo exclamar al insigne profesor Gaudry, enseñándome dichos notables ejemplares en la galería nueva del Jardín de Plantas: «He aquí, amigo Vilanova, un sér que para los transformistas vino demasiado pronto.» Y, efectivamente; pues, según la teoría, el tránsito de un sér á otro superior en complicación orgánica como resultado necesario de las leyes de la competencia por la vida, de la adaptación, de la herencia, de la selección natural, etc., exige un tiempo más ó menos largo, pero siempre muy considerable, lo cual es incompatible con la coexistencia en el mismo horizonte geológico del ensayo y del sér perfecto.

Al finalizar el período paleozoico, al que para simplificar el asunto agregó el llamado arcaico que le había precedido, no se sabe por qué conjunto de circunstancias del medio ambiente, hubo de experimentar la vida una tan notoria decadencia, que, formando singular contraste con la exuberancia de los tiempos anteriores, diríase que iba á extinguirse:

á tal punto se presentan pobres la fauna y la flora.

Mas por fortuna no fué así, observándose, tras de la crisis que por entonces experimentó la biología terrestre, una especie de renacimiento desde casi el comienzo de los terrenos secundarios, acentuándose más y más el desarrollo orgánico, hasta los tiempos actuales, en consonancia perfecta con las variadas condiciones que el medio ambiente iba ofreciendo.

Si con una frase quisiéramos caracterizar el segundo gran ciclo de la vida terrestre, la tomaríamos del libro *La Creación*, de Quinet, diciendo que es el reino de los reptiles; y, con efecto, en ningún otro período geológico alcanzaron estos seres la importancia que en el secundario, al que imprimen de preferencia á los otros seres un sello especial, tanto por el tamaño, que excede á toda ponderación en algunos, como por su especial contextura, que les permitía ser voladores como el pterodáctilo, saltadores como los colosales iguanodontes, según resulta del extraordinario hallazgo de Bernissart (Bélgica), reptadores como los ichtiosauros, ó nadadores como los plesiosauros, etc.

Aunque la presencia de tan extrañas criaturas en la época de que se trata bastaría para darla á conocer, sin embargo, otros hechos de índole orgánica, y que no ceden en importancia, se verificaron en aquel inmenso lapso de tiempo, los cuales contribuyen á esclarecer el carácter que por entonces ofrecía la ya exuberante vida.

Por de pronto, merece consignarse la primera aparición de los mamíferos, en la cual también concurre una circunstancia digna de ser conocida, pues no principian, como parecía lógico y natural, por los más sencillos, es decir, por aquellos cuya semejanza con las aves hace que los zoólogos los llamen ornitodelfos, y pueden considerarse como el tránsito de una á otra una de las mencionadas clases, sino por los didelfos, que representan la división intermedia entre aquéllos, y los monodelfos, que son los más perfectos. Anomalía es esta que para nuestra propia conclusión ofrece á veces la naturaleza, y como muchas otras que pudieran citarse porque en pureza escapan á toda explicación teórica y sistemática; pues para el colmo de procedimiento equivocado, si se permite decirlo así, obsérvese la circunstancia de que sólo allá en las apartadas tierras de Nueva Zelanda aparecieron restos fósiles de ornitodelfos, pero en los niveles posteriores á la existencia de los restantes mamíferos.

Algo parecido á lo que acaba de indicarse, sucede también en la clase de las aves; pues siendo casi segura su existencia anterior, escasa significación en el concepto evolutivo alcanza la existencia hacia el promedio del período secundario, del singular *archeopteryx*, ave con reminiscencias herpetológicas, según unos, y, mejor, curioso reptil, como quieren otros, pero con la particularidad de llevar plumas en las numerosas vértebras caudales, en lo que precisamente se distingue de las aves verdaderas, cuya cola, por lo común, sólo ofrece un reducido número de piezas á donde apoyan dichos apéndices cutáneos.

Extraordinarios reptiles, mamíferos didelfos, existencia de las aves y otros rasgos zoológicos no menos notables, caracterizan el período secundario, durante el cual también el reino de flora adquirió un rango superior, reemplazando las plantas gimnospermas á las criptógamas del ciclo anterior ó paleoófitico.

Prescindiendo, pues, de ciertos hechos, en apariencia contradictorios, y cuya explicación no se vislumbra aún, es lo cierto que, al pasar del período paleozoico al mesozoico, adviértese un cierto desenvolvimiento orgánico, caracterizado por tipos más perfectos, los cuales, siguiendo la escala de verdaderos progresos, llegan á imprimir á los tiem-

pos terciarios un sello de notoria superioridad, bastando para ello considerar que, en concepto de algunos, apareció por entonces nuestra especie, y, según otros, su pretendido antecesor, es decir, el antropopiteco.

Examinemos, pues, con el detenimiento que el caso requiere, el carácter orgánico de dicha época terrestre, con tanto mayor motivo, cuanto que aquí, donde por causas variassuele mirarse con la más soberana indiferencia todo cuanto al origen y antigüedad del hombre se refiere, ha servido la cuestión del llamado terciario de fútil pretexto para apasionamientos de escuela, que no compaginan bien con la serenidad que por su propia índole reclaman estos asuntos.

Al comenzar este estudio debe consignarse la muy significativa circunstancia de que nuestro continente ofrecía á la sazón un clima bastante parecido al actual, siquiera hubo de experimentar después cambios profundos, de donde se infiere la *posibilidad* de la existencia del hombre, cosa que en manera alguna nos alarmaría, según repetidas veces y en varias conferencias he manifestado, pues no hay motivo para ello. Tan curioso é interesante dato nos lo suministra el carácter que ofrecía en el horizonte mioceno el reino de flora, representado, según los fósiles descubiertos, por frondosos bosques, que realizaban en Europa el paisaje de aquellas afortunadas comarcas, en las que jamás pierde la vegetación actual su exuberante actividad. Por aquel entonces el clima del renombrado yacimiento de Oeningen (ducado de Baden), famoso por los curiosos hallazgos del insigne Scheuzer, era muy parecido, en sentir del gran paleontólogo Heer, al de Funchal, de Málaga, Sur de Sicilia, Japón y de la Georgia. Los inviernos eran templados, hasta el punto de permitir que en Marzo florecieran, como lo hacen hoy en la isla de Madera, los sauces, plátanos, el liquidámbar y hasta el alcanfor, árbol que sólo se cría hoy al aire libre en Europa, en las islas Borromeo (Lago Mayor), donde he tenido el gusto de verlo.

Durante el inmenso espacio de tiempo del período terciario, dividido por los geólogos en tres ciclos principales, eoceno, mioceno y plioceno, entre los cuales hanse recientemente intercalado otros varios, la influencia de la orografía y de la respectiva distribución de continentes y mares en el carácter del clima, y de rechazo en la fisonomía que ostentaban las plantas, era tanto mayor, cuanto que ya por entonces la acción de la pirósfera sobre la superficie se había anulado casi en absoluto, recibiendo ésta todo el calor del centro solar.

Delicadas y pacientes investigaciones de infatigables paleontólogos, entre los cuales justo será citar al Sr. Heer, de feliz memoria, al marqués de Saporita y Marión, al Conde Ficalho, de Lisboa, al señor Unger, de Viena, etc., han evidenciado cuanto acaba de indicarse respecto á la orografía y meteorología del hemisferio N., siendo la consecuencia lógica de estos datos, que ya pudo existir el hombre en el período terciario, supuesto que la isoterma que á la sazón reinaba en Europa, de 18° ó 19°, era casi la misma de hoy.

Confirma plenamente esta sospecha el carácter que por entonces ofrecía el reino animal, pues desde el terciario inferior aparecen casi todos los órdenes de aves y mamíferos monodelfos, y hacia el promedio del terreno hasta los monos superiores, próximos parientes, según la teoría transformista, del antropopiteco y del hombre, y es esto tan positivo, que no ha faltado sistemático que haya querido ver en el esqueleto del *dryopithecus fontani* la representación más ó menos genuina del famoso sér intermedio entre nosotros y los primatos; idea que rechaza con razones muy valederas el mismo Mortillet, verdadero inventor del antropopiteco.

Todo, al parecer, estaba de consiguiente preparado para la realización del gran acontecimiento, y nos colocamos en el terreno de la mayor sinceridad al poner de manifiesto las circunstancias que á ello podían contribuir. Mas esto mismo nos autoriza á declarar que los hechos, que en litigios como el presente valen infinitamente más que los buenos deseos y las exigencias de doctrina, no parecen ser del todo favorables á la realización de la demostrada posibilidad.

La historia de la famosa controversia confirma este aserto, según vamos á ver. En el año de 1863, el Sr. Desnoyers, geólogo distinguido y erudito bibliotecario del Jardín de Plantas, dijo haber encontrado en las canteras de Saint-Prest, cerca de Chartres, huesos de mamíferos fósiles que llevaban á la superficie ciertas incisiones, que atribuía á una mano inteligente, aunque no tardó el mismo en reconocer que habían sido producidas por agentes físicos, y de consiguiente á renunciar á su primitiva idea.

En el Congreso de Antropología y Arqueología protohistóricas celebrado en París en 1867, dos Sacerdotes católicos, los Sres. Bourgeois y Delaunay, dieron cuenta de haber descubierto, aquél, instrumentos de piedra en Thenay (Turena), y éste, huesos con incisiones en el propio nivel y en la localidad de Pouancé. En la visita que hice al Museo de San Germán, cerca de París, en el verano último, examiné de nuevo los objetos de piedra que el abate Bourgeois regaló; y confieso que se necesita una gran dosis de buena voluntad para admitir que aquéllos sean producto de una mano inteligente, participando de mis dudas el director del establecimiento, Sr. Bertrand.

Pero prescindiendo de apreciaciones individuales, que, á pesar de todas mis protestas, pudieran considerarse apasionadas, veamos qué opinó sobre el particular la sección geológica del Congreso de la Asociación Francesa, celebrado en 1884 en Blois, como resultado del minucioso reconocimiento que hicieron de la localidad de Thenay más de cuarenta distinguidos naturalistas y arqueólogos. Del informe que se publicó poco después, resulta: 1.º, que el horizonte donde Bourgeois descubrió los instrumentos, corresponde con efecto al mioceno inferior, como éste creía, y quizá al final del eoceno, lo cual dilataría considerablemente la antigüedad de nuestra especie, si á ella debiera atribuirse la labra de aquéllos: 2.º, que á pesar de haber buscado con afán en las trincheras de antemano abiertas en el terreno, sólo aparecieron dos objetos parecidos á los del citado Abate, el uno imitando un tosco perforador, el otro subtriangular; sin que ninguno de ellos pudiera de seguro haber servido al fabricante mejor que cualquiera de los pequeños sílex angulosos y rajados que abundan en la capa de arcilla que representa el yacimiento común; y 3.º, que siendo ya de suyo bastante diminutos los pedernales procedentes de la creta que en dicho nivel se encuentran, no se comprende qué utilidad pudiera reportar el hombre ó el antropopiteco de fracturarlos aun más por medio del fuego, es racional suponer que en tan remotas edades fuera ya conocido tan importante y necesario agente de la humana existencia.

El mismo Sr. Cotteau, redactor del informe, añade en su escrito: «El origen terciario de los pedernales del conglomerado traquítico del Cantal (Auvernia), no me parece mejor determinado; pues según los que asistieron á la reunión extraordinaria de la Sociedad Geológica de Francia, cuyo principal objeto era estudiar y resolver la tan debatida cuestión, resulta que, si bien es verdad que el terreno de Puy-Courny, donde Ramés encontró los instrumentos de sílex, es terciario, su verdadero yacimiento no era la formación misma de materiales volcánicos, sino la su-

perficie, debiendo añadir que los objetos labrados se parecen mucho á los procedentes del período cuaternario, lo cual aumenta la probabilidad de pertenecer á este período; pues dado el enorme espacio de tiempo transcurrido, no se comprende que conservaran el propio sello, sin progresar nada el artifice.»

Termina el ponente del informe, antiguo magistrado de Auxerre, una de las primeras eminencias de Francia y de gran respetabilidad, con las siguientes frases: «Así desaparecen sucesivamente las hipótesis con tanto entusiasmo y talento sostenidas por algunos antropólogos.» Y á continuación exclama el mismo: «¡Jamás he creído en el hombre terciario de Portugal; pues habiendo visitado en 1880, junto con otros muchos congresistas, la localidad de Otta, todos pudimos ver que, si bien el terreno pertenece á dicho período de la terrestre historia, los instrumentos que encontramos, por más que fuesen auténticos, y todos no lo eran, procedían de la superficie, según declaré y sostuve en el mencionado Congreso.»

Á tan terminante declaración puedo agregar la mía propia, puesto que formaba parte de los que visitamos dicha localidad, habiendo dicho, en la solemne sesión que se celebró bajo la presidencia de S. M. el Rey Don Luis, que hasta el objeto encontrado á mi presencia por el Sr. Belluci de Perusa estaba en la superficie, siendo exagerado, por no decir del todo falso, el corte que figura en la pág. 101 de la obra de Mortillet, titulada *Le Préhistorique*, trazado á capricho, con el fin que se comprende.

Estas y muchas otras dudas sobre la materia expuso también en la mencionada Asamblea lisbonense el eminente arqueólogo inglés, Sr. D. Juan Evans, en cuya residencia de Aash Mills Hemel Hempstead suscitóse de nuevo la cuestión, en Septiembre último, entre varios asistentes al Congreso Internacional Geológico de Londres, obsequiados por aquel magnate; y recuerdo que, interrogado el Sr. Choffat, de la Comisión Geológica lusitana, sobre el hombre terciario portugués, contestó que dudaba mucho de la verdad del hecho; no siendo menos significativo que, estando presente el acérrimo partidario de la tan decantada antigüedad del hombre, el señor Capellini, esquivara por modo delicado dar categórica respuesta á las insistentes preguntas que directa ó indirectamente se le dirigían. Y eso que Italia, y muchos de sus eminentes naturalistas, han contribuido en gran parte á que se creyera resuelta la tan debatida cuestión con descubrimientos hechos en su territorio, irreflexiva y apasionadamente juzgados en un principio, por más que después se hayan todos rectificado, como sucedió con el cráneo humano de Olmo, descubierto por el Sr. Cocchi en un depósito, que, si bien clasificó en un principio de terciario, cuando visitamos el sitio los individuos de la Sociedad Geológica Italiana, que concurrimos al Congreso celebrado en 1885 en Arezzo, nos fué por todo extremo fácil demostrar que aquella formación era diluvial y no más antigua, como tuvo la noble franqueza de confesar el mismo Sr. Cocchi.

En 1860 encontró el profesor Ragazzoni, en la colina de Castenedolo, cerca de Brescia, cuatro esqueletos humanos juntos, en las margas y arcillas pliocenas; pero la circunstancia misma de hallarse reunidos aquellos restos, hacen sospechar que fueran enterrados posteriormente; pues raras veces se encuentran en tal disposición los huesos de mamíferos en los sedimentos, sino sueltos y esparcidos. Por otra parte, Stopani, Curioni y Topinard opinan que aquellos despojos humanos conservan demasiado su natural textura para poderse considerar ni aun como cuaternarios; dándose además la circunstancia de no aparecer con los esqueletos ningún instrumento de piedra.

Por último, Topinard dice terminantemente en la página 503, tomo III de la 3.ª serie de la *Revista de*

Antropología, que los esqueletos de Brescia, por él estudiados, lejos de ser contemporáneos de la capa arcillosa coralina donde se encontraron, deben considerarse como históricos.

(Continuará.)

LOS GRANDES MÍSTICOS

ESBOZOS BIOGRÁFICOS

Si apartamos nuestra atención de la actual rufanería literaria, como gráficamente calificó un ilustre orador en el Congreso Católico los extravíos de la moderna literatura, y nos dedicamos al examen del espíritu que inspiró a los grandes maestros de nuestro siglo de oro, se echará de ver que la musa española, con preferencia a otros géneros, se aviene peregrinamente al sagrado, y, sobre todo, se adivinará que el amor a Dios, la esperanza en otra vida y el espiritualismo más puro, son las palancas que más conmueven las fibras de nuestros poetas. Nunca escriben tan arrobadoramente como cuando se sienten poseídos de espíritu sagrado, y así lo comprueban las admirables obras de Herrera, Santa Teresa de Jesús, ambos Luises, y las del divino carmelita San Juan de la Cruz.

Ocupa este último, preferente lugar al lado de la seráfica doctora avilesa, ornamento el más preciado de la Iglesia y honor del pueblo español. Si un alma desligada de las ataduras terrestres puede estampar o no gráficamente sus conceptos; si es o no posible dar forma a los sublimes pensamientos que se enseñorean de la mente en los momentos de éxtasis, si es factible que los más espirituales anhelos y las más extranaturales meditaciones puedan cristalizarse en el lenguaje humano, las obras de San Juan de la Cruz pueden demostrarlo. Harto bien se ve que el que escribe, es un sér despojado de toda mancha que empañe el destello que Dios imprimió en su alma; bien se advierte que el hombre, o mejor dicho la inteligencia, que nos ha dejado *La subida al monte Carmelo*, *La llama de amor viva*, *La noche oscura del alma*, *El cántico espiritual*, *Las cartas* y *Los avisos y sentencias espirituales*, poseía la candidez primitiva de los seres creados por Dios, como si se identificara con el manantial inagotable de su espiritualidad.

Los conceptos de San Juan de la Cruz son tan elevados, a pesar de estar expuestos en lenguaje humilde, que parece rozar apenas con el medio material con que se leen. Maravillémonos los que tenemos la desgracia de agitarnos en esta revuelta sociedad de nuestros días; mas ninguna duda cabe de que el gran místico de quien hablamos pudo alcanzar la perfección, esto es, realizar la unión del alma con Dios. Su personalidad desaparece por completo; no se ve ni se percibe más que un alma abstracta, sin otros lazos con la tierra que un lenguaje humano, tocado apenas del sello de su nación y de su siglo.

Mezquino sería el papel de la crítica si fuera a señalar las bellezas y los defectos retóricos de los escritos del admirable carmelitano. Su poesía no tiene abolengo. Como dice un ilustre autor que tuvo a bien ocultarse humildemente bajo el velo del anónimo, no necesitó el dulcísimo amigo de Santa Teresa recurrir más que a sí mismo. «Sintió, pensó, escribió lo que sintió y pensó, y produjo sin más, sus ricas, sus inspiradas, sus místicas canciones. Léanlas—sigue diciendo el elocuente anónimo—los que temen que esa poesía, por decirlo así concreta, no ha de producir una sensación general en los hombres de todos los siglos y naciones: léanlas y digan con la mano en el corazón, si no se sienten conmovidos a pesar de su incredulidad o de su

ateísmo. Se espiritualiza uno a cada verso que recita, a cada estrofa que concluye. ¡Qué belleza, qué suavidad, qué grato perfume el de todas esas poesías!»

¿Qué importa que sea incorrecto a veces el lenguaje, vulgar en ocasiones la elocuencia, obscuro más de un pasaje, débiles muchos versos y hasta faltos de expresión? Todo desaparece ante el espíritu de la composición; más aun, escritos de otra manera perderían el encanto incomparable que a todos reviste, su dulcísima esencia, su transparente diafanidad.

Respecto a su vida diremos que nació en humilde cuna; se crió en medio de la miseria; entró muy joven en el convento; fué lumbrera de la teología; unióle común afecto y propósito con Santa Teresa de Jesús; trabajó para la reforma de su Orden; fué cruelmente encarcelado por los frailes de Toledo en un horrible *in pace*; huyó de allí, refugiándose en un convento de monjas y luego en el de los descalzos de Almodóvar; apuró hasta las heces el cáliz de amargura que le dieron a beber sus perseguidores, particularmente sus envidiosos, en ocasión de haberse trasladado a Granada; ocupó luego elevados cargos en su Orden, sin que produjesen en su ánimo más efecto que el de poner a prueba su virtud; fué castísimo, extremado en las penitencias y mortificaciones y muy sujeto a éxtasis. Perseguido de nuevo y relevado del cargo que ejercía en su Orden, retiróse al desierto de la Peñuela (Sierra Morena), hasta que por último, vióse obligado a bajar a Úbeda, más agobiado por la miseria de la casa en que vivía que abatido por el dolor de sus terribles sufrimientos.

Tal fué aquel sublime varón. Con él alcanzó su más alto rango la mística española; fué santo y a la vez lumbrera de las letras patrias, sin ánimo para ello, sin pensarlo ni quererlo, pero así fué. Muchos, innumerables son nuestros místicos; todos tienen, o por mejor decir, todos dejan columbrar algo de humano, sólo el santo carmelitano de Yepes no deja transparentar en sus escritos su condición terrena, anegado en la unión con el Sér divino y en la perfección mística, a manera de un budhista confundido en la profundidad de la nirvana.

Confesamos ingenuamente que al leer los escritos del piadoso carmelita, llegamos a veces a figurarnos que las letras no tocan en el libro, sino que cual preciosos diamantes están montadas en el aire; tanta es la diafanidad de su estilo, su elocuencia y la alteza de sus conceptos, de tal manera que a no estar inspirados por el divino amor, se juzgarían como expresión de un alma abrasada en pasión ardiente.

Cuatro mil cuarenta y cuatro escritores místicos cita el Catálogo de D. Nicolás Antonio, por lo cual bien se deja comprender que es imposible hablar de todos, ni aun de aquellos cuyo nombre goza de fama universal, como Salmerón, Guevara, Astudillo, Avila, Estella, Nieremberg, Mariana, Fr. Diego de Yepes, Arias Montano, Palafox, La Cerda, Domingo de Soto, Granada, León, Rivadeneyra, Malón de Chaide, etc., etc., etc. Diremos, con todo, algo de los más conocidos.

Descuella en primer lugar el V. P. M. Fr. Luis de Granada. Hijo de una infeliz lavandera de los dominicos de aquella ciudad y de un jornalero gallego llamado Sarria, que murió siendo todavía muy niño Luis, pasó sus primeros años acosado por todo linaje de privaciones; llegado a la edad conveniente entró de novicio en el Colegio dominicano y profesó en tiempo oportuno, lo cual le sirvió para poder ayudar algo al mantenimiento de su madre, pues partía con ella la ración conventual. Su gran talento, sus admirables cualidades oratorias, su saber, su bello carácter y cuántas circuns-

tancias pueden adornar a un Religioso, hicieron que la Orden de Santo Domingo le reputase como uno de sus hijos más insignes, colmándole de toda suerte de favores y distinciones.

Puede considerarse a Granada como el fundador de la culta y limada prosa castellana; él fué, en efecto, quien fijó los períodos, determinando sus dimensiones, proporcionando simétricamente sus miembros, y prestando fluidez, tersura y elegancia al idioma, al que purificó también de muchas voces impropias y anticuadas, cuyo uso perjudicaba grandemente nuestra habla. Publicó el ilustre dominico muchas obras en latín y no pocas en castellano, siendo las más notables la *Guía de pecadores*, el *Libro de la oración y la meditación*, el *Memorial de la vida cristiana*, el *Simbolo de la fe*, cartas, catecismos, etc., etc.

Sigue a Granada, en orden de mérito como prosista, el dulcísimo Fr. Luis de León, uno de los más altos representantes de la edad de oro de nuestra literatura, y el primero de nuestros líricos para muchos notables críticos, sin exceptuar a Garcilaso. No pensaban así empero sus contemporáneos, que no lo conceptuaron jamás en lo que en rigor valía.

Gloria fué del insigne D. Francisco de Quevedo sacar las obras de León de la obscuridad en que yacían. Nada dijo sin embargo respecto a la vida del eminente agustino, y así, tanto por el olvido de los contemporáneos como por el silencio de los siguientes escritores, se sabía poco acerca de nuestro sublime teólogo, hasta que el Sr. Mayans y Ciscar publicó del mismo, una magistral biografía, conservándose también el largo proceso que se le formó por haber traducido *El cantar de los cantares*.

Fué Fr. Luis de León natural de Belmonte (Cuenca), donde nació el año 1527. Crióse en Madrid, estudió en Salamanca, y allí tomó el hábito, llegando en breve a Catedrático de aquella ilustre Universidad. Entonces fué cuando para complacer a un amigo se dedicó a la traducción española del célebre *Cántico*; bien entendido, que dicha traducción no debía ver la luz pública, por cuanto estaba prohibido por la Inquisición trasladar ninguno de los libros de la Sagrada Escritura a la lengua vulgar. Con todo, y gracias a un abuso de confianza, se divulgó la traducción del sabio orientalista, por haber sacado una copia del manuscrito un familiar del amigo en cuyo obsequio había hecho la traducción.

Llegado el hecho a noticias del inexorable Tribunal, dictó auto de prisión contra Fr. Luis. Cinco años permaneció sumido en lóbrega cárcel del Santo Oficio, componiendo en este tiempo la más admirable de sus obras: *Los nombres de Cristo*.

Absuelto por el Tribunal de Madrid, que evocó a sí la causa seguida por el de Salamanca, cuyo fallo revocó, volvió a su cátedra el ilustre Profesor, empezando su lección primera, después de cinco años de encarcelamiento, con aquellas famosísimas palabras: «Decíamos ayer....» frase tan sublime que ha llegado a ser proverbial. Desde entonces pasó su vida Fr. Luis entregado al estudio y a la enseñanza; compuso notabilísimas obras, entre ellas *La perfecta casada*, *Exposición del libro de Job*, *Noche serena* y *La profecía del Tajo*, llegando a Provincial de su Orden.

Digno es asimismo de especial recordación el P. Pedro de Rivadeneyra, nacido en Toledo en 1527. Hijo de una pobrísima familia, y de carácter travieso y atrevido, huyó de su casa y fué a parar a Roma, donde le tomó bajo su protección el glorioso San Ignacio de Loyola, que llegó a quererle como a su Benjamín, y educándole, enseñándole, guiándole en la práctica de la virtud, llegó a hacer de él uno de los principales ornamentos de la Compañía de Jesús.



EL CAMPANERO, CUADRO DE WEHLE.

Ayuntamiento de Madrid



LA AMIGA DE LAS AVES, CUADRO DE HIDDEMANN.

Escribió Rivadeneyra las vidas de San Ignacio, de San Francisco de Borja, de Salmerón y de otros grandes jesuitas, *Tratado de la tribulación*, un libro contra *Maquiavelo*, varias *Meditaciones* y *Soliloquios*, *Manual de la oración* y diversas obras en latín. Su lenguaje es más escogido que el del mismo Granada, del cual tiene mucho, igualmente que del que mostró posteriormente Cervantes.

Fr. Pedro Malón de Chaide es también un escritor insigne, fogoso casi siempre, enérgico y apasionado. Parecido á él es el P. Estella, y distinto el Maestro Juan de Avila, notable por la dulzura de sus conceptos. Digamos, para concluir, que como antítesis de San Juan de la Cruz y de la valentía de Malón de Chaide, tenemos al clarísimo y sencillo Fr. Fernando de Zárate, autor de lenguaje castizo y sobrio de adornos, facilísimo en el uso de las comparaciones, armónico y elegante en sus períodos; prendas todas que, unidas al sostenido tono en que están escritos los *Discursos de la paciencia cristiana*, hacen de esta obra uno de los monumentos más hermosos y admirables del habla castellana en el siglo xvi.

Terminemos este artículo. La materia es tan interesante para los amantes de nuestras glorias literarias, que creemos nos dispensarán el desaliño é insuficiencia de estos ligeros esbozos, en gracia á nuestro buen deseo y al interés que nos inspira esta parte tan española de nuestra literatura.

ANTONIA OPISSO.

AMOR Y VANIDAD

DOLORA

Dedicada á mi ilustre amigo y compañero el

SR. D. FERMÍN HERNÁNDEZ IGLESIAS

Al cuello de una humilde golondrina
ató un cordón Inés;
la dió cien besos, la llamó « divina »
y la soltó después.

Voló la golondrina libremente
y, al tiempo en que voló,
vió una zarza ondular sobre una fuente,
y en ella se posó.

Contemplaba en el agua que corría
su collar carmesí,
y, charlando, parece que decía:
« ¡qué hermosa estoy así! »

Fué de nuevo á volar la golondrina,
mas, con desdicha tal,
que el cordón, enredado en una espina,
le sirvió de dogal.

Cuando la prenda de su amor ahorcada
ve á la primera luz,
llora por ella, Inés, arrodillada,
con las manos en cruz.

Si en un raptó de amor á lo divino
pecó por presunción,
hoy castiga con creces el destino
su amor y su ambición.

¡Oh sabio Rey! ¡De todas tus verdades
es la mayor verdad,
que el mundo es *vanidad de vanidades*,
y todo *vanidad*!

CAMPOAMOR.

LAS BELLAS ARTES EN ESPAÑA

DURANTE LA EDAD MEDIA
POR EL CONDE DE LA VIÑAZA

Notas, ordenadas en forma de Diccionario, sobre más de 400 artistas no citados por Cean Bermúdez, ni por Llaguno.

(Conclusión.)

Verius (ANTONIO DE), iluminador ó miniaturista. Vivía vida contemplativa; pero en lo terrenal estaba al servicio del Rey D. Juan I de Aragón: el cual habla de dos historias admirablemente pintadas por el ermitaño Antonio, y le recomienda al Abad de Monserat, en el siguiente documento, que se halla en el Archivo de la Corona de Aragón:

« Lo Rey

« Prior fem vos saver quell fel nostre fratre Anthoni de Verius ermita, lo qual con entenia en les coses terrenal era scriva de la Cambra nostra, nos ha presentat II. ystories pintades ço es les armes de nostre senyor Jhesu-Christ e la figura de la mort en II. pots poquetes de la qual cosa havem haut gran pler. Ens maravellam com ta be es entrat en aquest art car abans nou solia saber. E segons que appar es labor fort religios e contenplatiu a çells qui seguex en Deu per via alta pobretat evangelical. E ans certificaí que el es dels specials ermitans que pratiquen ab vos que sien de vostra muntanya Perqueus pregam affectuosament que, per honor de Deu e contemplacio nostra, al dit fratre Anthoni e a companyons sens haiats per recomanats en lurs necessitats no nontrestant que el haie en devocio vostra honesta conversacio, e farets nos en gran servey de manera que conegna que les nostres pregaries li son estades favorables sins desigats servir ne complaure. Del regiment del vostre Monastir nos ha parlat el vos en dira lo bon voler que nos hi havem en mantenir ho Deu volent. Dada en Barchinona sots nostre segell secret a XXVI. dies Dabril del any de la Nativitat de nostre Senyor MCCC.XCII

(Dominus Rex mandavit michi
Bernardo de Jonquerio.)

« Dirigitur al Religios e amat Conseller nostre fratre Vicents de Ribes prior del Monastir de Munserat. »

Viader (PEDRO), arquitecto. Era sustituto del maestro *Roque* en la obra de la Catedral de Barcelona, en el último cuarto del siglo xiv. Cobraba 50 sueldos anuales para vestidos, además de su estipendio diario de 3 sueldos y 6 dineros, por su doble clase de sustituto del arquitecto principal y trabajador. — *Arch. de la Cat. de Barc.*

Vicens (JUAN), escultor y arquitecto. Juntamente con *Francisco Sagreras* hizo el sepulcro que la ciudad de Palma levantó para guardar en él las reliquias del beato Raimundo Lulio. Así consta en el testamento de los jurados mallorquines del año 1487, en el cual encomiendan á Vicens trabaje con fervor en dicha obra.

Jove-Llanos, en su *Memoria histórica de San Francisco de Asís de Palma*, dice: « El segundo cuerpo (refiérese á dicho convento) que se encargó al honorable Vicens, se reduce á una cosa que yo llamaría ático, si á pieza de tan extraordinario gusto pudiera aplicarse la nomenclatura del arte. »

Vidal (FRANCISCO), platero de Barcelona que floreció á fines del siglo xv. De él se conserva el diseño de un elegante vaso de forma cilíndrica admirablemente ejecutado. — *Arch. del gr.*

Vidal (PEDRO), pintor de Barcelona. Según una escritura del notario Francisco Ladernosa, fecha 4 de Febrero de 1368, firma á poca á Berengario de Preixana, notario y cónsul síndico del Común de Berga, por 18 libras, precio « viginti clipeorum et duodecim cassidum sive elms de fuste » que vendió para el servicio de dicha villa.

Este Vidal tuvo un pariente de igual nombre y apellido é idéntica profesión, que en 14 de Noviem-

bre de 1392 otorgó escritura como tutor de los hijos del anterior Pedro, ambos hijos « pictores, cives Barcinonae ».

En 1374 se lee el nombre de *Pedro Vidal*, pintor, en el registro del Cuartel del Pino de Barcelona.

Vidart (ANDRÉS), bordador alemán que vivía en Barcelona en 1390. — *Arch. mun.*

Vilardell (FRANCISCO), platero de Barcelona que trabajaba en 1390. — *Mans. nots.*

Z

Zabadía (PEDRO), arquitecto y maestro de la fábrica de la antigua Lonja y casa del Consulado de Mar de Barcelona en el año 1398. — *Pi y Arimón, Barcelona antigua y moderna.*

Zacoma (PEDRO), arquitecto de Gerona, que substituyó en 1368 á *Francisco Zaplana* en la dirección de las obras de la Catedral. En el mismo año comienza Zacoma la construcción del Puente Mayor ó Nou, y contrata la erección de un campanario que honrase y embelleciese la ilustre colegiata de San Félix, mediante el salario de 4 sueldos diarios y 140 de gracia al año. — *Archivos respectivos.*

Zalema (MAESTRE), arquitecto mudéjar que en 1437 era el encargado de dirigir, en Zaragoza, las obras de reparación de la iglesia de Santa María Magdalena, con su torre preciosísima, y á quien por su trabajo se le pagaban 3 sueldos de jornal. — *Su archivo.*

Zaplana (BELTRÁN), pintor de Barcelona que floreció en el siglo xiv. — *De un archivo particular.*

Zaplana (BERENGUER), bordador de Barcelona que trabajaba en 1402.

Zaplana (FRANCISCO), arquitecto de la Catedral de Gerona en 1368. — *Su archivo.*

Zarebolleda (JUAN), pintor residente en Valencia el año 1407, según consta en una escritura que otorgó en aquella ciudad, ante el notario Antonio Pascual, el día 28 de Septiembre de dicho año, por la que se obligaba á recibir como discípulo á *Juan de Ivanyes*, natural de Xérica, de edad de 13 años, por el tiempo de siete, con las condiciones expresadas en la misma escritura, que ofrecen cumplir el mismo Zarebolleda y Juan Ivanyes, padre del muchacho. — *Arq. Jover.*

Zarroca (BAROLOMÉ), imaginero y lapiscida que trabajaba en Barcelona en 1384. — *Arch. not.*

Zaseñana (ANTONIO), bordador de Barcelona, cuyo nombre se registra en 1417 como difunto. — *Arch. mun.*

Zaragoza (LORENZO DE), pintor, natural de Cañena, en la provincia de su apellido.

Era vecino de Barcelona el año 1365, en cuyo año prometió, el 4 de Abril, á la venerable Doña Beatriz, consorte del tesorero real, magnífico Benito de Ucinelles, pintarle un retablo de la historia de la Virgen María con buenas preparaciones y empleando oro y colores finos, por precio total de 45 libras de terno.

A principios del siguiente siglo encontramos á Lorenzo en Valencia, otorgando el 25 de Julio de 1402 ante el notario Antonio Pascual, una escritura de capitulación, con la cofradía del Santísimo Sacramento de la villa de Onda, para pintar un retablo de la historia del Cuerpo de Jesucristo, y otras historias que le indicaría D. Bernardo Piquer por parte de la cofradía, la cual remuneraría al pintor por su obra (si era conforme) 90 florines, en tres veces.

Larga debió de ser la vida de este distinguido artista aragonés, pues en la primera mitad del siglo xv aun le hallamos de nuevo en Barcelona, pintando por encargo de la cofradía de maestros sastres un retablo que representaba á la patrona del gremio Santa María Magdalena. — *Mans. nots. de Barc. — P. Arq. Jover. — Ant. Bofarull.*

LA CIENCIA DE LA VIDA

ULTO de cuerpo, abultado de abdomen, rojizo de cara, hinchado en la oratoria, ampuloso en la redacción de sus artículos, campanudo y sentencioso para la conversación cotidiana, prendado de sus méritos y de su propia modestia—de la que frecuente é inmodestamente hablaba,—arropado casi de continuo en su riquísimo gabán de pieles, ni tan joven que su talento se tomase por precocidad pasajera, ni tan viejo que se achacase á experiencia de las canas la profundidad de sus observaciones, D. Ruperto Rupert de Escamilla subía como la espuma.

Aun no había cumplido el medio siglo y ya figuraba entre los académicos de la de Ciencias Morales y Políticas; era citado como filósofo sapientísimo en todo trabajo ontológico-racionalista; se le concedía autoridad para decidir cualquier cuestión insoluble en la Cámara Alta—uno de cuyos sillones ocupaba—y no había revista antropológica ó enciclopédica donde no se copiaran frases suyas, ni periódico ilustrado que no publicara su retrato, ni reunión científica que no presidiera con olímpica altivez el renombrado prócer D. Ruperto Rupert, celebridad europea que se carteaba con León Say y con Gladstone, con Bluntschi y con Pascual Fiore.

Es verdad que nunca se supo quién de ellos inició esta correspondencia, y que en Correos aseguraban no haber visto pasar por aquellas oficinas, con destino á D. Ruperto y sellos del extranjero, más que tal cual tarjeta de felicitación por época de Pascuas; pero él los llamaba *sus excelsos amigos*, y las aseveraciones de nuestro prohombre no eran para puestas en duda ciertamente.

Por lo demás, ¿qué de extraño tenía esta intimidad del ilustre Rupert de Escamilla con las eminencias de allende el Pirineo? Pues qué, ¿acaso podían ellas estimar en poco su amistad y trato? Desde que el académico de la de Ciencias Morales y Políticas, antes de serlo, publicó su famosa obra en veinte tomos, titulada *La ciencia de la vida*, la celebridad de D. Ruperto, ya iniciada por anteriores trabajos, se consolidó de tal modo, que aquí, donde no hay pedante enmascarado que tarde en ser descubierto, aquí, donde ponemos defectos á la nariz de Cicerón y al brazo de Cervantes, donde nos creemos capaces de hallar lunares en la virtud de la casta Lucrecia, donde hemos silbado, en fin, á la Lucca y derrotado á Napoleón, no hubo una sola voz que protestara del encumbramiento rápido, colosal, monstruoso del insigne biólogo. Por consiguiente, no ya verosímil, sino hasta corolario obligado de la valía de D. Ruperto, era que de todos los ámbitos del mundo partieran corrientes de simpatía hacia el modesto hijo de Calatayud, que «había consagrado su existencia á profundizar en los arcanos de lo insondable, para convertir en radiantes verdades las nebulosas sombras del error envolvente en que la humanidad reside», según él mismo decía y estampaba en el prefacio de la obra monumental que tanta fama había de darle.

Pero no todo han de ser lisonjas para el genio. Deploraban los amigos del celeberrimo é ilustre aragonés—pues él jamás se ocupó de esas viles minucias—que los rendimientos de *La ciencia de la vida* no estuvieran en armonía con su importancia ni con la nombradía merecidísima que lograra. Un ejemplar de ella había adquirido la Biblioteca Nacional; otro figuraba en la de la Academia; diez ó doce fueron comprados por ignorados sabios de provincias; otros tantos habían traspasado la frontera con destino á los *excelsos amigos* de Escamilla, y si se exceptúan los tomos regalados á las redacciones de los periódicos de nota, el ejemplar encuadernado de lujo que su autor entregó en propia

mano—es decir, dejándole sobre una silla, á causa de su excesivo peso—al presidente del Consejo de Ministros, y los que recibieron como prueba de aprecio algunos paisanos del eminente escritor, el resto de la edición, retirada ya de las librerías, dormitaba el sueño de los libros inútiles en los oscuros antros ó sótanos de la casa ocupada por Rupert en la calle de la Gorguera.

Todo el mundo sabe, y los autores malos lo confirman, que en España nadie vende un libro. La interminable cadena del préstamo, como diría D. Ruperto, pasa de unas manos en otras el eslabón de las obras nuevas, y con que haya un primo que las compre, un *sans-façon* que las pida prestadas y que á su vez las preste sin cuidarse de devolverlas, y otros cuantos aficionados con la manga tan suficientemente ancha que les permita aprovecharse del dinero ajeno, ya tenemos los elementos necesarios para que la producción de un eximio hombre de ciencia, adquirida por 50 pesetas, v. gr., pase por veinte ó treinta manos y venga á caer en la librería de lance con el consabido rótulo:

«Esta obra costó 50 pesetas.»

«Se vende en 50 céntimos de ídem.»

Así, pues, si D. Ruperto Rupert de Escamilla hubiera pretendido enriquecerse con su obra *científico-biológica racional comparada*, ¡cuán grande desengaño fuera el suyo! Pero él ya lo sabía, máxime dada su incorruptible modestia, y jamás le pasó por las mientes la idea del medro personal cuando lanzó al torrente de la publicidad la que él llamaba su «débil é inexperta barquichuela, sin más timón que el estudio ni más piloto que la verdad absoluta.» Tal desinterés no quedó, por cierto, sin el debido premio; y con un bombo de periódico por aquí y una oportuna cita por allá, merced á los efectos del oro inglés en los escritores y oradores ocasionistas, logró D. Ruperto ascender al pináculo de la gloria, respetado por todos, atendido, mimado, inconfundible.... *un carácter* en la opinión de los gaceteros, y de los que nunca leyeron su obra.

Otra circunstancia contribuía á acrecentar su incontestable popularidad. D. Ruperto tenía un secreto, esto es, la solución de algo hasta entonces insoluble, el descubrimiento de una parte, quizá de todo, de lo desconocido. Y lo más notable del caso era que el inflexible hombre de ciencia se había propuesto no divulgar la noticia, no recorrer el velo hasta que la muerte hiciera imposible para él el aprovechamiento de sus ventajas. Rupert de Escamilla no quería que se le atribuyese la ambición del lucro; dejaba éste íntegro, intacto, para las generaciones venideras.

En vano los discípulos más queridos, los corifeos constantes que le rodeaban insistían en hacerle ver la conveniencia de que apresurase la revelación.

—No, no me haréis cejar—exclamaba.—La humanidad, que ha vivido cinco mil años sin conocer la verdadera *ciencia de la vida*, bien puede esperar algunos más.

—Pero es usted muy cruel, D. Ruperto—le decían.

—Más cruel es el mundo—contestaba.—Y las gentes me tacharían de comerciante ó de fatuo si vieses que la difusión de mi secreto me proporcionaba fortuna y aplausos. A la hora de mi muerte venid todos y rodead mi lecho; yo os prometo solemnemente que en mi agonía os diré cuál sea la clave, para vosotros indescifrable aun, de la ciencia de la vida.

Y lo más triste era que aquella hora se acercaba, no en alas de los años, sino de la existencia sibarítica y apoltronada que llevaba Escamilla desde que había llegado á ser el oráculo del mundo, dándose aires de Pitonisa en el templo. Un día cundió rápidamente por Madrid la noticia de que el eximio prócer, gloria de la filosofía española, había sido

víctima de un ataque de apoplejía. El correo y el telégrafo esparcieron la triste nueva por el mundo, y desde Calatayud los más, desde otros puntos de la Península los restantes, todos los admiradores de D. Ruperto, que gozaban de su amistad, volaron á la cabecera del ilustre enfermo, ansiosos de recoger su último suspiro y de escuchar la palabra decisiva, el acento que había de revelar á los mortales el gran secreto de la biología. Solamente se notaba una falta: la ausencia de León Say y de Gladstone, de Bluntschi y de Pascual Fiore. Quizá los telegramas no habían llegado á tiempo á su destino.

Pero el moribundo académico no podía articular palabra. La ansiedad de sus enfermeros llegaba al colmo, á la desesperación. ¿Habría? ¿Se llevaría consigo el descubrimiento anhelado? Las apariencias hacían presumible que las tinieblas del misterio no se desvanecerían ya. Y allí, junto al mismo lecho mortuario, oyendo la entrecortada respiración del agonizante, era de ver la indignación de que se hallaban poseídos los discípulos de Escamilla; las críticas que lanzaban sobre él por no haber previsto el percance, y el desaliento que se apoderaba de aquellos poco escrupulosos discípulos que, con frases huecas y pomposas como «el sabio se debe á la humanidad, regatear la ciencia es hacer traición al ignorante, etc., etc.,» coreaban los últimos ayes del insigne filósofo aragonés.

El desenlace avanzaba á grandes pasos. La marea de la indignación subía, subía.... Por fin D. Ruperto sintió que se despejaba su cabeza; hizo señas á los más próximos de que se acercaran á él, y con voz que tenía el corte punzante y agudo de una espada, murmuró:

—Amigos míos, *la ciencia de la vida*.... consiste en sentar plaza de docto desde que se fuma el primer cigarrillo; en escribir un libro que nadie entienda, pero que abulte mucho; en toser fuerte y hacerse matón de la ciencia; en hacer que nuestro nombre venerando resbale á diario por las columnas de los periódicos llamados populares, y más que nada.... en gastar gabán de pieles.

Miráronse los discípulos de Rupert, vacilando entre tomar á broma ó en serio las últimas y vulgares sentencias del maestro, y lentamente abandonaron la alcoba de D. Ruperto, que exhaló el último suspiro en brazos de una Hermana de la Caridad.

Al día siguiente toda la prensa anunció que el eminente biólogo D. Ruperto Rupert de Escamilla había espirado sin dejar al mundo el precioso legado que tan ansiosamente se esperaba. La enfermedad terrible que le llevó al sepulcro había helado las palabras en su boca cuando se disponía á desgarrar el velo sutilísimo é impalpable que envuelve aún la ciencia de la vida.

Pero aunque esto dijeron los periódicos, aunque esto convinieron en decir sus discípulos, sábase que alguno de éstos se propone aprovechar la lección del maestro, y si aun no se cartea con las ilustraciones del otro lado del Bidasoa, ya prepara una obra de miles de cuartillas y ahorra para mandarse hacer en invierno el consabido gabán de pieles, que sirva como decorado é ilustración de su magnífica persona.

F. DE LLANOS Y TORRIGLIA.

UN HOMBRE INDEPENDIENTE



o soy muy independiente y no necesito de nadie, ¿estamos?

—¡Y tanto como somos independientes! Mil fanegas de secano, otras tantas de riego, un molino harinero, tres horas de agua y

dos casas en el pueblo, nos dan lo suficiente para vivir con desahogo.

— Sin contar con que no hay labrador en el contorno que no nos deba la siembra de este año.

— Cabal.

— Y que yo bien sé dónde tengo la mano derecha.

— Justo.

— Y que mi tío, por parte de madre, fué alcalde de Casa y Corte.

— Y el mío, escribano del crimen.

— ¡Con que á ver quién tiene más títulos que yo para ser alcalde!

Esta conversación mantenían D. Policarpo, vecino de Villaparda, y su esposa Tadea, señora respetabilísima de diez arrobas, capaz de derribar una pared maestra.

D. Policarpo, como hemos oído á él mismo, era persona independiente, que quería ser alcalde del pueblo, á cuyo fin había recorrido una por una las casas de sus convecinos, á los cuales había pasado la mano por el lomo, como suele decirse en términos vulgares. D. Policarpo hizo muchas genuflexiones, perfirió muchas sonrisas, estrechó muchas manos que hubiera visto quemadas de muy buena gana y se avino á hacer y deshacer contratos según el capricho de los electores.

Si cualquiera hubiese hecho la mitad de lo que hizo D. Policarpo, diríamos que se había humillado; pero D. Policarpo era demasiado independiente, para inferirle agravio semejante.

Por fortuna D. Policarpo llegó á ser el alcalde primero de su pueblo, y la patria tuvo un *independiente* más rigiendo sus destinos.

— Ahora verán lo que es una autoridad.

— Ahora lo verán — exclamaba la alcaldesa, empuñando la vara. — Toma, y haz entender á esa gente, que aquí no hay más voluntad que la tuya.

— ¡Pues no faltaba otra cosa! — decía el alcalde con voz becerril. — ¡Yo les haré andar derechos!

— Y en cuanto á la Administración de consumos, dile al cesante D. Pantaleón, que se limpie, que está de huevo.

— Eso quisiera él, estar de huevo, para lamerse.

— Teniendo tú un hijo, creo que á nadie le corresponde esa breva más que á tu hijo.

— Y para él será; yo te lo prometo.

— ¿Te ha escrito el Gobernador?

— Y me dice que es cosa arreglada, con tal de que saque diputado á quien mande el Gobierno.

— ¡Perfectamente!

Dicho lo cual, D. Policarpo se dirigió al Ayuntamiento para hacer entender á sus individuos que él era hombre muy independiente.

Esta palabra, repetida veinte veces cada veinte minutos, fué el timbre más glorioso de D. Policarpo, y la fama comenzó á extenderse por los ámbitos de la provincia.

Una noche tuvo un sueño estrambótico. Soñó que era diputado, y que estaba en el Congreso. Herido por una alusión personal, se levantó á defender su independencia ultrajada, y tuvo que habérselas con el presidente, fogosísimo tribuno.

Hubo campanillazos, gritos, interjecciones y otros excesos. D. Policarpo, echando llamas por los ojos, se lanzó fuera y se agarró á brazo partido con su contrincante, y cuando hacía un esfuerzo supremo para derribarle, se encontró atravesado sobre la nariz de Doña Tadea que pedía socorro á gritos.

Verdaderamente aquella había sido una lucha campal. Ambos esposos, repuestos del susto, pudieron darse cuenta de lo sucedido, y lo sucedido fué causa de una animada conversación.

— ¿Y por qué no habías tú de ser diputado?

— Eso mismo digo yo.

— ¿Quién más independiente que tú?

— Nadie.

— Pues ya has concluido de trabajar por cuenta ajena.

— Dices bien: mañana mismo planteo la cuestión entre los electores.

— No, mejor será que vayas á verlos particularmente.

— ¡Pero eso es el cuento de nunca acabar!

— ¡El que algo quiere, algo le cuesta!

— Corriente, mañana comienzo la tarea.

Y en efecto, al día siguiente veíase á D. Policarpo andar de puerta en puerta solicitando votos. De otro cualquiera se hubiese dicho que andaba pidiendo limosna; pero D. Policarpo era demasiado independiente para levantarle falsos testimonios.

A los pocos días pedía audiencia al Gobernador de la provincia. Desgraciadamente tuvo que sufrir dos ó tres desaires y unos cuantos sofiones; pero al fin y al cabo consiguió lo que quería.

El Gobernador se dignó escuchar los deseos de D. Policarpo, y á los pocos despachos cifrados, el alcalde ricachón de Villaparda era candidato ministerial.

¿Qué tuvo que hacer el agraciado para conseguir el favor del Gobierno? Nada más que renegar de sus principios políticos. A costa de esta pequeñez, D. Policarpo vió realizados sus planes y los de su muy respetable mitad, la Sra. Doña Tadea, que con tantas satisfacciones había engordado dos arrobas y media más.

Ya tenemos en Madrid á tan venturoso matrimonio. Claro es que para efectuar esta traslación de domicilio, hubo necesidad de arrendar de prisa y corriendo las fincas y aun malvender la cosecha para vivir en la Corte.

Pero en cambio D. Policarpo era representante de su país, ó lo que es lo mismo, era padre de la patria.

Decir que D. Policarpo no habló en el Congreso, sería tanto como suponerlo con algún sentido común. D. Policarpo era ignorante, y por lo tanto muy atrevido, y como esta condición precisamente es la que más se necesita para medrar en política, D. Policarpo se vió mimado por la fortuna.

Es cierto que para llegar á esta situación tuvo que sudar la gota gorda y andar hecho un zarandillo, sirviendo de monote á la mayoría y de hazmerreír á la minoría; pero también lo es que al poco tiempo se vió elevado á inverosímil altura.

D. Policarpo fué Director general, cosa que no extrañará nadie en España, pues todo el mundo sabe cómo las gastan los Gobiernos. Uno de los primeros actos de D. Policarpo fué nombrar á su hijo oficial de su oficina con 10.000 reales de sueldo, lo cual estaba muy en su carácter, asaz independiente.

Y como un Sr. Director general, que es además diputado, y diputado de la mayoría, no puede vivir como simple mortal, aunque sea un mortal simple, de aquí que D. Policarpo se viera en la sensible necesidad de ir vendiendo sus haciendas para sostenerse en el rango á que la suerte le había encumbrado.

Con sus rentas hubiera tenido lo necesario para vivir holgadamente en el seno de su familia, ¿pero qué rentas ni qué sueldos son bastantes para vivir en el seno de partidos políticos que han hecho inmortal y elevado á la epopeya gastronómica el apellido *Fornos*? ¡Imposible! D. Policarpo tuvo que doblegarse á las exigencias de su destino, de sus electores y de sus colegas; á las exigencias de todo el mundo. ¡Hola.....! ¡y gracias que era hombre independiente, que si no.....! ¡Sabe Dios lo que hubiera sido del infeliz ex alcalde de Villaparda!

Es verdad que todo tiene su recompensa en este mundo, y que D. Policarpo, en fuerza de fuerzas, se había hecho personaje importante. Buena prueba de ello es que los periódicos se ocupaban de él constantemente..... en la gaceta.

Cierto día D. Policarpo se vió sorprendido agradablemente por una nueva gracia. El Gobierno le acababa de conceder la gran cruz de Isabel la Católica.

Las bromas, pesadas ó no dadas.

— No han hecho nada de más — dijo Doña Tadea, inflándose. — Un hombre que como tú se ha sacrificado por la patria, bien merece.....

— ¡Ya lo creo que merece! — exclamó D. Policarpo.

— Otros con menos motivo han sido ministros. Y tenía razón la buena señora.

El caso es que el nuevo paso dado en la jerarquía social, obligaba á D. Policarpo á nueva vida. Un excelencia no podía vivir en cualquier parte ni de cualquier manera. Hubo necesidad de acabar de realizar las fincas, probar fortuna en la Bolsa, y girar en otra esfera más elevada.

D. Policarpo entró en el período del vértigo; doña Tadea no podía tenerse en pie de gorda. Llegaba el momento de la catástrofe; como si dijéramos del trueno gordo.

La Bolsa dicen que no se ha hecho para los tontos. Sin duda por eso D. Policarpo vió defraudadas sus esperanzas y fallido su atrevimiento. La Bolsa fué la perdición de su bolsillo, que en pocos meses quedó exhausto, sin fuerzas, amagado de enfermedad mortal, y como los males se enredan como las cerezas, tales y de tal magnitud se le fueron enredando á D. Policarpo, que en pocos meses:

“ las torres que desprecio al aire fueron á su gran pesadumbre se rindieron. ”

Un cambio ministerial dió al traste con los 50.000 reales del padre y los 10.000 del vástago, y otro cambio de la oposición con la mayoría y las Cortes.

Se convocaron nuevas elecciones. D. Policarpo fué á recorrer su distrito. Era necesario volver á ser diputado. Era preciso comer del presupuesto.

El antiguo alcalde de Villaparda corrió, sudó, vociferó, prometió, lloró y se humilló cuanto es posible humillarse en la tierra, y..... nada: todo inútil, todo perdido.

D. Policarpo no era propietario; ni tenía dinero; ni era acreedor; no era nada.

Tuvo que volverse al lado de aquella mitad de sus pecados, al lado de aquel hijo, que él había hecho desgraciado, á humillarse de nuevo, á solicitar un destino que nunca pudo conseguir.

D. Policarpo no era diputado, ni escritor, ni elocuente, ni tenía elementos propios para entretener la miseria: y como del árbol caído todos hacen leña, el infeliz D. Policarpo se vió abandonado de los amigos y parientes, que meses antes le hacían la rueda y le adulaban, que era un portento.

En tal situación, ¿qué hacer, sino sucumbir? Otro cualquiera hubiese entrado al servicio de una casa de labranza, que era de lo que real y efectivamente entendía D. Policarpo; pero un Excelentísimo señor no podía dedicarse á tan ruin trabajo ni descender de su posición.

Por otra parte, Doña Tadea, que ya había adelgazado seis arrobas, no podía desmerecer de tal suerte. Fué preciso morir de miseria, eso sí; pero con mucha honra, y sobre todo con mucha *independencia*.

Resultado: D. Policarpo fué esclavo de su mujer, de sus hijos, de sus electores, del Gobierno, de las mayorías y sobre todo de su vanidad. Pero fuera de esta esclavitud, D. Policarpo no necesitaba de nadie.

De aquí que en su epitafio se leyese la siguiente inscripción:

“ Aquí yace un hombre independiente. ”

F. P. E.

EL RELOJ DEL CONCEJO

DE LONGFELLOW

(Versión española).

Aun ostenta su antigua arquitectura
la casa concejil; su sombra oscura
sobre la mole secular, proyectan
los viejos olmos que ignorar afectan
cuanto han visto; mas ¡ay! en son doliente
desde arriba, el reloj, dice á la gente,
con su lento compás:
¡Siempre! ¡Jamás! ¡Siempre! ¡Jamás!

En lo alto de granítica escalera
sus manos lento mueve; lastimera
su voz sale del fondo de la caja
y cual monje que envuelto en su mortaja
dice y repite el cántico divino,
dice ella al que se cruza en su camino,
con su lento compás:
¡Siempre! ¡Jamás! ¡Siempre! ¡Jamás!

Oye el día su voz tétrica y suave,
y de la noche en el silencio grave,
cual resuenan los pasos á distancia
dilatando sus ecos por la estancia,
rompe el silencio y plácido reposo
y repite solemne y sonoro,
con su lento compás:
¡Siempre! ¡Jamás! ¡Siempre! ¡Jamás!

En día de bautizo y de algazara,
ó de dolor que todo lo acibara,
mientras el tiempo pasa y desvanece
la vida y la ilusión, él permanece;
en el sombrío porvenir leyendo,
su lengua mueve, siempre repitiendo
en pausado compás:
¡Siempre! ¡Jamás! ¡Siempre! ¡Jamás!

En aquella mansión siempre encontraba
acogida cordial al que llegaba;
ardía el fuego en el vetusto hogar
que al marchante brindaba á descansar.
Hoy turba los placeres de la mesa
el espectro reloj, que nunca cesa
con su lento compás:
¡Siempre! ¡Jamás! ¡Siempre! ¡Jamás!

En su juego infantil gozó allí el niño;
soñó la juventud en el cariño
y tal vez en las dichas del amor;
pero siempre el reloj aterrador
como avaro que el tiempo calculara,
ni un momento pasó que no cantara,
con su lento compás:
¡Siempre! ¡Jamás! ¡Siempre! ¡Jamás!

De allí salió la joven desposada
con el blanco cendal ataviada;
al lado de la paz reinó el misterio,
la atmósfera glacial del cementerio:
se extinguió la oración: en la escalera,
sigue hablando el reloj de esta manera,
con su lento compás:
¡Siempre! ¡Jamás! ¡Siempre! ¡Jamás!

¿Quién amó? ¿Quién odió? Todo es incierto.
¿Qué es vivir ó gozar? Todo ya ha muerto.
Al que el misterio intente conocer
para vivir la vida del placer;
con acentos que el eco centuplica,
el reloj impertérrito replica
con su lento compás:
¡Siempre! ¡Jamás! ¡Siempre! ¡Jamás!

Jamás acá; pero por siempre allí;
pasa el goce ó la pena, pronto aquí;
tiempo feliz transcurre, desaparece;
lo que aquí flota, allá se desvanece.

Y es que el alma presente sempiterno
ese acento infinito de lo eterno
que recuerda el reloj con su compás:
¡Siempre! ¡Jamás! ¡Siempre! ¡Jamás!

CRÓNICA

Según *La Cuna de Cervantes*, periódico de Alcalá de Henares, á unos dos mil duros vendrá á ascender la suma que nuestro caritativo Prelado ha repartido en limosnas durante su visita pastoral.

— Pedimos á nuestros lectores sus oraciones por el alma del P. Mariano Cortés, de la Compañía de Jesús, recientemente fallecido. Nació en la villa de la Torre de Esteban (Toledo), y además de haber publicado diversas obras religiosas, su nombre irá unido á una institución que ha producido grandes bienes á la educación moral y cristiana del pueblo, las Escuelas dominicales, de que fué glorioso fundador; 126 existen hoy, y en ellas se instruyen innumerables jóvenes, merced al celo de las señoras que las dirigen, habiendo éstas costeado el funeral que por el virtuoso Sacerdote se celebró el 29 de Julio en nuestra Santa Iglesia Catedral, asistiendo muchas de las señoras de la Asociación. — R. I. P.

— Diez y seis millones ciento noventa mil reales importan los legados del Sr. Marqués de Urquijo, de santa memoria: aunque creemos que son más, véanse los que publica la prensa:

Para Misas en Parroquia de un solo Cura, 80.000 pesetas.

Conventos de monjas pobres, 100.000.

Obras de Nuestra Señora de la Almudena, 150.000.

Establecimientos de Beneficencia de Madrid, 250.000.

Socorros á jornaleros pobres vecinos de Madrid, 250.000.

Asilo de Nuestra Señora de la Asunción, 75.000.

Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, 75.000.

Sagrado Corazón de Jesús (calle de Don Pedro), 75.000.

Santa Isabel, 75.000.

San Alfonso, 75.000.

Congregación del Servicio doméstico, 62.500.

Asilo de Nuestra Señora del Carmen, 62.500.

Congregación de Siervas de María, 75.000.

Asilo de Nuestra Señora de la Esperanza, 50.000.

Patronato de Sres. Párrocos de Madrid, San Luis, San José, San Ginés y San Sebastián, á distribuir, 375.000 pesetas en la siguiente forma:

Primer año, para seis jóvenes que terminen carreras de leyes, ingenieros civiles, arquitectos y médicos.

Segundo año, para cuatro maestros y cuatro maestras.

Tercer año, á 20 jóvenes de ambos sexos para contraer matrimonio católico: no han de pasar de veintiséis años y deben tener buena conducta.

Cuarto año, para El Fomento de las Artes y Sociedad de Escritores y Artistas.

Escuelas de Llodio y Murga, 450.000 pesetas.

Para los pueblos de Llodio y Murga, con destino á hospitales, socorros á vecinos pobres y recomposición de caminos vecinales, 312.500.

Patronato de Curas Párrocos de Llodio, Orozco, Oquendo, Murga, Luyando, Oláveza y Amurrio, con destino á dotes de jóvenes de ambos sexos, á 400 ducados, 375.000.

Para dar carrera de artes mecánicas é industriales á jóvenes de Llodio, Orozco y Murga, 250.000.

Patronato de Sres. Sacerdotes de Vitoria é igual de Bilbao, San Sebastián y Pamplona, para dotes, 500.000.

Montepío de maestros de Alava, 100.000.

Pensiones por seis años en efectivo y al año 50.000.

A los 20 Párrocos de Madrid, durante veinte años, se les entregará á cada uno 500 pesetas la víspera de Navidad.

— En la iglesia metropolitana de Valladolid se verificó con toda solemnidad el Sínodo diocesano, convocado por el Rdo. Arzobispo, para promulgar el Concilio provincial llevado á efecto hace dos años en aquella ciudad. El Prelado celebró de Pontifical el primer día de los tres que ha durado el Sínodo, pronunciando una alocución en latín. En los trabajos tomaron parte activa los eclesiásticos señores Ferreiroa, Pérez, Messeguer y Amo.

En los últimos días de Julio se ha celebrado en Zamora otro Sínodo diocesano, presidido por el Rdo. Obispo, entre cuyos fecundos trabajos es de notar el proyecto leído por el Sr. Pazos, Deán de aquella Santa Iglesia, referente á la fundación de una casa asilo para Sacerdotes pobres é imposibilitados.

En este Sínodo han tomado parte 140 Sacerdotes.

— La Excm. Sra. Doña Catalina Suárez ha suprimido los gastos del coche, destinando su importe al sostenimiento de las Escuelas catequísticas de Madrid.

— Con autorización y beneplácito de nuestro Rdo. Prelado, recibe limosnas el digno é ilustrado Sacerdote D. José Salamero (calle de Cedaceros, número 13), destinadas á aliviar la tristísima situación en que se hallan unas Religiosas de fuera de Madrid, que siempre han vivido en la mayor estrechez, pero cuya situación se ha agravado de modo indecible por contratiempos inesperados, viéndose en la tristísima necesidad, que temerosas de llamar la atención del público han rehuído hasta hoy, de repetir este llamamiento, implorando la caridad de los bienhechores de Madrid, de España y de cualquier punto de aquellas regiones de Ultramar, americanas y filipinas, donde ciertamente no faltarán personas pudientes y caritativas deseosas de hacer una buena obra en obsequio de dichas Religiosas.

Vivamente nos interesamos para que sean atendidas.

NOTAS SUELTAS

En el juicio oral:

«Mi defendido — dice el abogado — merece que la Sala se fije en esta circunstancia: sólo robó 19 pesetas cuando allí había una bolsa con 2.000 duros en oro....»

El procesado rompe á llorar amargamente.

El Presidente: — ¿Llora usted de arrepentimiento?

— Sí.... sí.... señor, y también porque.... que siento mucho no haber visto la bolsa.

PROVERBIOS ÁRABES

Dar con un buen hombre, es dar en el clavo.

Lo pasado pasó; lo futuro puede no llegar; lo presente debe aprovecharse.

El matrimonio es prisión de rosas; pero el celibato suele ser sábana de espinas.

La madre de los necios, se llama «presunción.»

El elogio inmerecido, es un hurto á la verdad y á la historia.

El amigo suele estar disfrazado en la prosperidad; en la adversidad siempre está en cueros.

El que echa mano de su parentela, de algún pie cojea.

El orgullo es la moneda con que se compra el desprecio.



ZARAGOZA: RECUERDO DEL AÑO 1808, Cuadro de Alejandro Ferrant.

Despreciar á los ignorantes para estimar á los pillos, es crimen de lesa sociedad.

La lisonja y la mentira son hermanas gemelas.

El saber puede ser cobre; el buen juicio es siempre oro.

Para evitarse disgustos, bueno es cerrar el pico.

— Me despido de usted.

— ¿Para dónde?

— Para Río de Oro.

— Hombre, bien; que nade usted allí mucho, y mande lo que quiera á los que nos quedamos en este charco de economías.

HIPOCRESÍA

Este nombre se deriva de una palabra griega que significa figurar, representar un papel. Es la apariencia ó representación contraria de lo que uno es ó de lo que siente. Se aplica comunmente á la falsa apariencia de virtud ó devoción. La Rochefoucauld definió la hipocresía: «Es un homenaje que el vicio rinde á la virtud.» Pero esta definición es más concisa y espiritual que justa.

La hipocresía nunca es un homenaje tributado á la virtud: ella prueba solamente la ventaja de la virtud sobre el vicio, pues que hasta el hombre vicioso se ve precisado á tomar su aspecto.

No debe confundirse la hipocresía con la disimulación. Esta no es más que la discreción llevada al exceso. Con el disimulo se oculta lo que uno es; es un velo con que el hombre encubre sus defectos, mientras que la hipocresía afecta cualidades y virtudes que le son extrañas. La hipocresía, por otra parte, tiene siempre por móvil ú objeto la concupiscencia, la ambición, la venganza y otras ruines pasiones.

César Ripa pinta la hipocresía bajo el aspecto de una figura de mujer flaca y pálida, la cabeza inclinada y cubierta con un velo. Lleva en la mano un rosario de cuentas gordas, y mete con afectación su limosna en un cepo ó arquilla. A sus pies tiene un lobo y también se le suele dar una máscara.

En la isla desierta de Lampedusa, situada casi á igual distancia de la costa de Túnez y de la isla de Malta, había una especie de templo que tenían los mahometanos en cierta veneración. Un hipócrita aventurero llegó allí y dispuso la capilla, dividiéndola en dos partes independientes la una de la otra. En la primera colocó una imagen de la Virgen, y arregló la segunda á manera de mezquita. Así esperaba que llegase alguna embarcación: si conocía que era de cristianos, encendía la lámpara de la Virgen, transformándose en un devoto ermitaño; si, por el contrario, eran mahometanos, apagaba la de la Virgen y encendía la de Mahoma, y se revestía del carácter de santón turco.

Entre amigos:

— Te has instalado muy bien después de tu casamiento. Gran salón de recepciones. ¡Hermosos cuadros! Pero di, ¿qué quieren decir este pastor, estas ovejas, este puente rústico y estos árboles, todos de color de canario?

— Los he hecho pintar así para que correspondan al forro de la pared, que es de damasco amarillo. Estas son las direcciones del nuevo arte decorativo.

A la cúspide de lo que el mundo llama gloria, suele llegarse por la ciencia con el cerebro cansado; por el arte, con la vista trémula, ó por la guerra, con la cabeza rota.

A la fama se va, también, por la pluma mojada en lodo ó en veneno; por la lengua que adula ó calumnia; ó por el crimen que más ruido mete.

En muchos casos, la gloria se parece al infierno: la fama, á la deshonra.

La popularidad que concede el vulgo, se logra nivelándose con él; alguna vez por el arte de seducir á la gente, por el humor, el juego, el vino, el lujo; por el talento, se alcanza la popularidad casualmente.

En todo caso, es más saludable para el cuerpo y el alma vivir ignorado del vulgo.

Los goces comienzan en risa y acaban en lágrimas.

Todos los ideales son más ó menos realizables, excepto el de la dicha.

A ésta sólo se llega por el sufrimiento y la serenidad de espíritu.

Para andar el camino escabroso que conduce á la dicha, nos sirven de apoyo dos ángeles, el de la esperanza y el de la resignación.

El Vino de Quinium de A. Labarraque

El miembro de la Academia de Medicina de París, es un medicamento enérgico y dulce á la vez, que conviene á todas las personas debilitadas; á los adolescentes fatigados por un crecimiento muy rápido; á las muchachas, que encuentran dificultad en formarse y desarrollarse; á las señoras que acaban de dar á luz y á las nodrizas; á los ancianos debilitados por la edad; á los diabéticos, á los convalecientes de calenturas tifoideas, de pneumonías, y en general, á los que padecen: del Estómago; de Anémia; de Agotamiento de Fuerzas; de Fiebres.

En razón á su energía el vino de Quinium se toma á la dosis de una copa de las de licor después de cada comida. — Se vende en todas las farmacias y en París, 19, rue Jacob.

JABON REAL VIOLET JABON
DE THRIDACE único inventor 29, 31 des Invalides, París VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para higiene de la Piel y Belleza del Color.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El único Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de París
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Encomendado especialmente con los **POLVOS DE BOTOT**
con Quina para los cuidados de la boca.
229, Rue St-Honoré, París
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

ADVERTENCIA

Rogamos encarecidamente á los Sres. Suscriptores que adeudan cantidades á esta Administración, las remitan lo más pronto posible, á fin de evitar los perjuicios que con su morosidad se siguen á los intereses de los Huérfanos.

Igual ruego hacemos á los Corresponsales.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.